

## CEREMONIA DE RECEPCION DEL GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD

*Discurso del Rector de la Universidad*  
*Monseñor FIDEL TUBINO M.*

Señores:

Esta Casa se considera altamente honrada con la visita de su tercer Gran Canciller, el Excmo. Señor Juan Landázuri Ricketts, Arzobispo de Lima. En sus cualidades personales, sus dotes de gobierno, y su pasado de estudioso, hallamos el augurio promisor de que sus altas directivas iluminarán eficazmente la senda de la Universidad.

Nos satisface el hecho, que nuestro Gran Canciller ha pertenecido a la Universidad Nacional de Arequipa, cuyos estudios dejó para ingresar a la Orden de los Menores. Recibido de doctor en Derecho Canónico en Roma con una valiosas tesis sobre "La enajenación de los bienes religiosos"; se dedicó a la enseñanza de tal disciplina en el Convento de Ocopa. Al lado de sus tareas docentes está su actividad de gobierno: en 1950 fué nombrado Ministro Provincial, y en el año siguiente Definidor General de la Orden Franciscana por América Latina, siendo preconizado en 1952 Arzobispo Titular de Roina y coadjutor de esta Sede Primada. Ahora como Arzobispo de Lima, es, a tenor de los Estatutos, Gran Canciller de esta Pontificia Universidad.

Quisiera aquilatar en toda su trascendencia el significado de este acto académico, que no es pura fórmula. Es ante todo homenaje personal al preclaro eclesiástico, a quien recibimos; pero particularmente es reconocido institucional de la Universidad a la Jerarquía de la Iglesia, a la Santa Sede, de la que depende, según reza nuestro Estatuto.

El título de Gran Canciller, de abolengo romano-canónico, no es un motivo ornamental ni puro color en la estructura del gobierno universitario, sino la expresión del secular interés y de la cercanía vigilante que la Iglesia ha cultivado con los establecimientos de alta cultura desde los primeros orígenes. Más todavía: si la presencia de la Jerarquía Católica fué siempre beneficiosa para el desenvolvimiento de la cultura, hoy el afán de plenitud la reclama con mayor urgencia, y sobre todo la misión de apostolado que tenemos confiada en este tiempo de nuevos horizontes pide la garantía, que constituye la indefectibilidad prometida por Cristo a la Iglesia.

Este es el sentido que nos congrega alrededor de Vuestra Persona, Excmo. Señor Gran Canciller.

Nacieron las Universidades, cuando clérigo era sinónimo de intelectual, y tuvieron como campo principal el saber teológico, y pauta venerada de todas las demás disciplinas fueron la Sagrada Escritura y las decretales pontificias.

Remontémonos, Señores, al medio del siglo XII y al hervor intelectual del Occidente cristiano, cuando al compás del espíritu de corporación brotan las asociaciones (esto significa la palabra Universidad). Hombres sabios atraían oyentes desde lejanas comarcas. Alrededor de la Iglesia de Notre Dame florecían estos grupos, deseosos de profundizar la verdad. Discusiones, exageraciones dialécticas (Abelardo), exigieron una coordinación. Es la mira de defender y profundizar la teología, la razón de origen de la célebre Universidad de París, cuyo origen, más que cualquier otro en los primeros tiempos, está ligado a la Iglesia.

Las Universidades fueron consideradas en la Edad Media como institutos eclesiásticos, floración de las precedentes escuelas capitulares y monacales. Estas se hallaban bajo la autoridad directa del Obispo. En París desde el siglo XII aparece delegada tal potestad en el Canciller de la Universidad, quien otorgaba la "licentia docendi". Dichas escuelas se hallaban materialmente alrededor de la Catedral en la isla formada por el Sena; pero cuando más tarde, aumentando los discípulos, quisieron salir a la tierra firme de la ciudad para establecerse en los claustros de Santa Genoveva y San Víctor, el Obispo y el Canciller de Notre Dame, reclamaron el control también de éstas. Pero la Bula Papal de 1215 las constituyó a todas como corporación eclesiástica dependiente directamente de la Santa Sede. Anteriormente el Rey Felipe Augusto había sustraído maestros ya alumnos del fuero común, confiándolos a la jurisdicción eclesiástica.

Una dependencia análoga encontramos en la no menos célebre Universidad de Bolonia, nacida al calor de los estudios romano-canónicos; sus profesores desde 1219, por disposición del Papa Honorio III estaban bajo la presidencia del Arceobispo Catedralicio de Bolonia.

Esta tradición del Canciller universitario va paralela con el desarrollo de los decanos y del Rector, que en origen son de naturaleza gremial, mientras la parte del "studium" radica en el Canciller con los maestros. En las Universidades latinas y germánicas las denominaciones corporativas terminan por imponerse. No así en las Universidades inglesas que, aún hoy, conservan la terminología eclesiástica. El documento inglés más antiguo que conocemos en esta materia, corresponde al año 1214, en que el Obispo de Lincoln alude al "studium generale" de Oxford designando al Canciller, como su representante. En el siglo XV ya se había hecho estilo nombrar para tal cargo a un importante personaje, dejando la efectiva dirección a un Vice-Canciller, como aún se denomina hoy al que rige dicha Universidad. El Canciller tuvo otrora amplios poderes, incluso de jurisdicción, y en la actualidad las faltas no graves son juzgadas por el Vice-Canciller.

Dejando de lado la Edad Media y la Europa, descubrimos la presencia decisiva de la Iglesia en la primera universidad americana, la Universidad Mayor de San Marcos. Sus primeros claustros originarios fueron los de un Convento, el de Santo Domingo; religiosos dominicos sus primeros efectivos ini-

ciadores y maestros, y también sus primeros Rectores. Cuando la Universidad abandonó la sede claustral, fué costumbre que alternasen un eclesiástico y un doctor seglar en la dirección de la Academia (Vargas Ugarte). La Universidad Mayor de San Marcos tuvo su Canciller, que era el Canónigo Maestrescuela del Cabildo Metropolitano, cuya actuación relucía en los solemnísimos grados desde que el Pontífice Pío V otorgó a la Universidad facultad de conferirlos. Era esta colación ante el Altar de Nuestra Señora de la Antigua, en la Catedral; Capilla, que de hecho y de derecho se consideró siempre de la Universidad, siendo así que nuestra Universidad Mayor sostiene actualmente la Capellania para la celebración de misas. En dicho templo con un fastuoso aparato, el graduando, después de su exposición doctoral y luego de haber escuchado el "vejamen", discurso burlesco dicho por un estudiante, de rodillas juraba la profesión de fe católica según el Concilio de Trento, el misterio de la Inmaculada Concepción, fidelidad y obediencia al Rey, al Rector y a las constituciones y ordenanzas universitarias. Entonces el Canónigo Maestrescuela le otorgaba el doctorado, y el padrino de graduación le ponía el anillo, le entregaba un libro, y, si se trataba de grados no clericales le ceñía la espada y le calzaba espuelas de oro, como en la profesión de las órdenes militares. El nuevo doctor abrazaba al Rector y a todo el Claustro, sentándose a la derecha de aquel (Riva-Agüero).

Sería muy largo desarrollar el progresivo apagarse del influjo eclesiástico en las universidades, debido por una parte, al absolutismo absorbente de los monarcas, tipo José II de Austria, y por la otra, a la Revolución francesa. Esta, con fecha 15 de Setiembre de 1793, clausuró todas las Universidades francesas. Cuando en 1806 Napoleón restaura la llamada "Universidad de Francia", es un organismo monopolizado por el poder público y totalmente laico. La nueva alborada católica despunta en Bélgica, cuando Grégorio XVI con Breve de 13 de Diciembre de 1833, a ruego del Episcopado, aprueba la elección en Lovaina de la "Universidad Católica" continuadora de la que funcionó en siglos anteriores, y de la cual será Gran Canciller el Arzobispo de Malinas. Desde entonces se han multiplicado las Universidades católicas, y muchas han ascendido al rango de Pontificias. En éstas el Gran Canciller figura como aquel que en nombre del Papa protege la unidad en la fe y en el régimen.

El proceso histórico esbozado puede constituir escenario de fondo, evocador de merecimientos pretéritos, más no sería razón efectiva para los actuales Cancilleres de la Universidad. La razón existe, y es profunda y definitiva: que las Universidades Pontificias, erigidas canónicamente por la Santa Sede como la nuestra, vienen a ser obra oficial de la Iglesia, y en consecuencia han de ejercer su tarea, que es apostolado, según los intereses de la misma. Sin embargo, creo yo, el clima intelectual de hoy ya por sí mismo para un creyente hace necesaria la presencia de la Iglesia en el campo del saber y su orientación para que la cultura responda a las exigencias católicas reales.

Constituye una paradoja muy llamativa que a los excesos de liberalismo laico, mientras reina el más craso utilitarismo en la vida práctica, en el campo de la cultura, máxime literaria y artística, se ha sustituido y va progresando en la filosofía y sociología moderna un tono de religiosidad sincera e insatisfecha, aunque no siempre católicamente ortodoxa. El Card. Ce-

rejeira cita una frase de Maritain: "Lo selecto pensante se orienta, más nitidamente que en ningún otro momento desde hace dos siglos, hacia el Cristianismo". El mismo Prelado nos refiere en un breve estudio, cómo en la Escuela de altos estudios sociales en París ya en el curso de 1912-13, un autorizado maestro se atreviera a apuntar como "el carácter distintivo y esencial de la situación presente, por lo que se refiere al problema religioso", el siguiente hecho: que, "venidos de los diferentes puntos del horizonte intelectual, sabios y filósofos se ven como forzados a abordarlos, mientras que todavía hace poco era posible pensar en que él se eliminaría para decirlo de este modo, por sí mismo". La realidad nos muestra que el problema religioso no se lo puede ignorar; se lo ataca, o se lo defiende. Ni ello implica una ventaja para la Iglesia, desde que lo religioso para muchos sectores cultos queda esfumado en el respeto de los valores o como divinización vaga que nunca llegará a ser un Dios personal, y en otros casos riñe con la idea de Iglesia organizada y conductora de las mentes. Para ejemplo está La Conferencia Interamericana de Intelectuales que se reunió en el pasado 1954 con ocasión del II Centenario de la Universidad de Columbia. El tema de mayor interés resultó ser "Religión y Libertad"; el profesor Stokes de la Universidad de Wisconsin definió como negativa la obra del catolicismo en la vida americana, a lo cual contestaron el brasileño Tristán de Atayde y nuestro Dr. Víctor Andrés Belaúnde. Pero en el enjuiciamiento latía un esfuerzo para lograr una declaración en contra de la enseñanza de la Iglesia y de la educación religiosa.

En verdad toda elevación del espíritu a lo largo de la historia cultural siempre concluía en veneración religiosa. El mundo antiguo, por instinto se refugiaba en el misterio. Diríamos, al estilo de Tertuliano, que la cultura es por naturaleza religiosa. La que puede ser considerada en el mundo clásico precursora de la Universidad, es la Academia de Platón, prototipo de la Paidéia. Iniciaba a sus escogidos en los conocimientos esotéricos, y estaban en el marco comunitario del "Thiasos" agrupación religiosa con fines sagrados. No alcanzó la contemplación platónica a la Sabiduría cristiana, que exige la conformación de la vida con la idea, ni tuvo la visión de síntesis entre lo divino y humano propio del cristianismo pero estaba embebida de lo trascendente. Hasta los tiempos modernos debemos llegar para que suene el grito blasfemo de Nietzsche contra Cristo. Pero en esta misma edad lo acallan muchos que piensan fuera de la Iglesia y buscan a Dios después de haberlo racionalmente puesto en la nada. Y lo vuelven a crear en su interioridad, "experiencia interna" (Schleiermacher); lo buscan los rebeldes contra todo freno dogmático, que necesitan de El para dar sentido a su existencia y vienen a ser, pese a sus fallas de ortodoxia, testigos del alma religiosa y eficaces removedores de sus anhelos (Unanuno). Nadie podrá negar que el empuje de la Iglesia hoy es progresivo y poderoso en todos los campos, y que existe una verdadera cultura católica la cual puede alternar con los pensadores de diversa ideología. La sed de profundización se ha acentuado dentro de sus filas, en particular en el elemento seglar, y los adversarios intentan producir el cisma, ya oponiendo la Iglesia jurídica a la del amor, ya proclamando su incompetencia en los valores temporales para reducirlas al cul-

to, originando la confusión y una religiosidad de media luz sumamente peligrosa. Es el origen del modernismo de comienzos de siglo, y son muchos pensamientos aislados que en su imprecisión no ven las consecuencias erróneas. En este ambiente que por una parte presenta culturas no católicas, por la otra demuestra sinceridad y sed de la verdad, se impone la urgencia de clarificar conceptos y tamizar lo legítimo que se encuentra en las aspiraciones de buena fe. Para ello han sido creadas las Universidades Católicas, y para que ahonden la profundidad religiosa de todo lo humano. De lo cual se desprende la legitimidad y la necesidad de la presencia docente de la Iglesia.

Añadiré el aspecto positivo de la cultura moderna: son tan ricos y tan variados los matices de la investigación actual, que no podemos los católicos por nuestra dignidad de buscadores de la verdad integral prescindir con la excusa de unilateralidad adversaria o de consecuencias no legítimas. A la postre nosotros creemos que en el plano de la Providencia la verdad se manifiesta cada época más claramente. La filosofía moderna, planteada sobre bases críticas, nos ha obligado a hondar los últimos problemas que son a la vez religiosos. Mas, ¡qué difícil es mantener la línea en el laberinto capilar de las interpretaciones subjetivas tan caras a nuestro tiempo! y por tanto ¡cuán necesaria es la luz de lo alto y la asistencia del Espíritu Santo!

Mons. Juan Calvet, Rector emérito del Instituto Católico de París, ha hecho notar que los movimientos de masa, característica de nuestro tiempo no son sino la corteza exterior de la religiosidad. "El carácter esencial de la religión moderna, dice, está en un ahondamiento de la vida interior". Señala también esta otra peculiaridad: "Los sabios de hoy no hacen secesión y no viven interiormente para ellos solos. El ahondamiento espiritual tiene un carácter singular: es social y hasta comunitario. Me preguntaré, señores ¿no es la Universidad el cenáculo de lo íntimo? ¿no es la Universidad una comunidad en que con sencillez de amigo y con la serenidad se busca únicamente la verdad? Y la Iglesia, ¿no es la interioridad la más alta hecha visible en la organización exterior?. Luego forman síntesis armoniosa la aspiración religiosa moderna, la idea universitaria y la Iglesia. Esta síntesis debe ser la Universidad Católica.

Empero la razón de fondo de estar bajo la guía de la Iglesia es el supuesto aceptado por quienes actuamos en esta casa, de transmitir los conocimientos con sentido católico, para irradiarlos luego en la vida profesional e intelectual. Esta misión vital es todo nuestro existir. Decía el Papa a los universitarios católicos italianos en 1953: "Haced que (en vuestro árbol FUCI) circule, exuberante como en nuestra juventud, la sabia vital de la caridad de Cristo, sin la cual todo esfuerzo humano es vano y estéril. En vuestros pensamientos, en vuestras aspiraciones, en vuestras obras colocad por encima de toda cosa el *apostolado, la difusión del reino de Cristo*, sin perderos en cuestiones y controversias terrenas y por lo mismo efímeras, con el riesgo que ellas ahoguen el elemento principal apagando la llama del Espíritu y que la acción sin alma se vea expuesta a los caprichos de las pasiones políticas y a los procesos de descomposición".

En las palabras que he referido, Pío XII coloca, como centro de todo, el Apostolado, y lo define no ya con elementos jerárquicos, sino con la noción

sustantiva de "difusión del reino de Cristo", y le fija como elemento dinámico la Caridad. No se trata, por tanto, en las Universidades Católicas de lograr puramente científicos consumados, técnicos insuperables, sino de hombres completos, para lo cual han de reunir armónicamente el conocimiento profesional, la sensibilidad social, la inspiración religiosa en todas sus actividades y la coherencia entre sus ideas y su vida. Esto sólo se logra con la educación completa, moral y religiosa, que impulse la natural generosidad de la juventud hacia todo lo bueno. Por otra parte, la tarea que nos toca en el Reino de Cristo es la difusión de la Verdad, principio de la acción y luz necesaria para caminar en la vida. "Caminad, mientras tenéis luz", dijo Cristo. De El está escrito: "Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". Y, como se lee en nuestro escudo, "La luz resplandece en las tinieblas". También para nosotros el Evangelio consigna esta amonestación: "Resplandezca vuestra luz entre los hombres, a fin de que vean vuestras buenas obras". Toda esta tarea exige el aliento sobrenatural. El Reino de Cristo, si bien es interior en su esencia, todo lo abraza como materia en que se desarrolla la actividad humana exterior y terrena, individual y social. Mucho, pues, nos conforta que la Jerarquía de la Iglesia siga nuestros pasos y vigile la ruta que llevamos. Será así certera y cristianamente fecunda nuestra actividad.

Excelentísimo Señor Arzobispo Gran Canciller: Al daros la bienvenida en esta vuestra Casa y presentaros nuestro deferente y obsequioso saludo, lo hacemos en la doble representación que traeis, del Episcopado Peruano bajo cuya protección está puesta la Universidad Católica, y del Sumo Pontífice, Señor natural de esta Universidad. Es para nosotros muestra de particular interés que la Santa Sede haya determinado constituir alrededor de vuestra persona un Consejo de Obispos, que sirvan de intermediarios entre los Prelados de nuestra Patria y los Organismos de esta Universidad. Queremos prometer una vez más nuestra filial e indefectible fidelidad a la Jerarquía católica cuyas indicaciones, siempre serán ley para nosotros. A Vos que en todo momento habéis dado muestra de particular interés os expresamos nuestro reverente afecto y la promesa personal de colaborar en todo cuanto nos solicitéis para el mayor éxito de Vuestra actividad Pastoral. He dicho.

*Discurso del Excmo. Sr. JUAN LANDAZURI RICKETTS,  
Arzobispo de Lima y Gran Canciller de la Universidad*

Mi primera palabra de Gran Canciller de esta Pontificia Universidad es de suma complacencia por verme ligado de nuevo, en cierta manera, a los estudios universitarios, a los que dediqué mi trabajo y esfuerzo por largos años, hasta que exigencias de mi Orden me impusieran, diversos cargos, y después la voluntad del Santo Padre me asignara el Oficio Pastoral.

Como ya habéis oído, también yo he pasado por las aulas universitarias de Arequipa y cursado en Roma en el Pontificio Ateneo Antoniano Derecho Canónico y Romano, habiendo sido también profesor en aquella materia. Por

esto me reincorporo espiritualmente a la vida estudiantil, que fué para mí tan llena de satisfacciones.

Considero muy interesantes las ideas vertidas por el Ilmo. Rector Magnífico y por el Sr. Mario Bendejú, en nombre de los estudiantes, y quiero confirmar su importancia con las siguientes palabras, que el Papa Pío XII dirigió a la Universidad de Washington en 1959 en su 50º Aniversario: "La educación cristiana de la juventud nunca fué tan decisiva y vital importancia como lo es hoy, cuando nos hemos enfrentado con los feroces errores de naturalismo y un materialismo que han sumergido al mundo en la guerra; errores que evidenciaron la vacuidad de una filosofía construida sobre fundamentos puramente humanos. Pero nuestra principal esperanza, después que en Dios, radica en las escuelas de cultura cristiana, antiguas y nuevas, entre las cuales figura nuestra Universidad Católica, como típico ejemplo, que en su celo por la Verdad, otorga el puesto debido en sus programas a las ciencias naturales, mente y corazón, pasado y presente, razón y revelación".

Estas palabras tan precisas y categóricas, henchidas de esperanzas y de responsabilidades, han de constituir también, por cierto, para esta Universidad un enunciado fundamental. Ahora, más que en 1939, vemos en múltiples partes del mundo atacado con los hechos el derecho de enseñanza, que la Iglesia reivindica para sí; y a la vez la voz del Sumo Pontífice, como nunca en la Iglesia, dicta enseñanzas morales en todos los campos, ya se trate de actividades económicas, profesionales o científicas. El esfuerzo de quienes intentan debilitar el catolicismo es adueñarse de la nueva generación, cerrando las escuelas y reduciendo la Iglesia a la sacristía. Recrudescen en algunas partes las teorías del monopolio de la enseñanza y de laicización de la misma. Pero la Iglesia no puede ceder, ahora menos que nunca. El hombre moderno —nos lo ha dicho el Sr. Rector— ansía ser integral y no está dispuesto a compromisos. Por esto mismo descubre a la base de toda acción externa y colectiva un aspecto humano y moral, que compromete la intimidad interna y religiosa. Y la Iglesia, o logra sentar sus principios e iluminar sus consecuencias sociales, o privada de sus escuelas, tendría que resignarse a ver conjuntamente con la vida social laica el desquiciamiento de las conciencias. Es así como los católicos en Europa defienden energicamente la igualdad de sus escuelas, reclamando en justicia una idéntica protección pública; y lo estamos viendo, cuando se ataca a la Iglesia por varios puntos. El comienzo es por el control y cierre de las escuelas.

La Universidad Católica del Perú es un ejemplo brillante de esta libertad de enseñanza por reunir junto con la más alta dignidad académica en el campo canónico, también el distintivo de "Nacional", que le da el máximo rango en la cultura patria. Y con estos reconocimientos legales aúna un historial de seriedad, que la hace benemérita de la Iglesia y de la Patria. Quiera el Señor que nuestra institución, conservando los fueros adquiridos, pueda más y más ser ejemplo de auténtica y profunda vitalidad universitaria.

Deseo subrayar el espíritu dinámico que revelan los estudiantes de esta Universidad y que corresponde al carácter de la Iglesia, que por esencia es progresista y conquistadora. El Papa insiste en esta necesidad de que las ideas sean hechas realidad en favor de todos. En el Mensaje de la última

Navidad tiene estas palabras: "Convénzanse (los cristianos) sobre todo de que la posesión de la verdad, si permanece encerrada en ellos mismos, casi como si fuera un objeto de su exclusiva contemplación para derivar en placeres espirituales, no servirá a la causa de la paz. La verdad debe ser vivida, comunicada y aplicada a todas las fases de la vida. Asimismo, la verdad, y particularmente la verdad cristiana, es un don que Dios coloca en las manos de sus siervos, comprometiéndolos a todos ellos para que la hagan fructificar y laborar por el bien común".

En dicho documento el Papa nos habla de la necesidad de edificar un "puente entre mundos separados", y de la terrible responsabilidad que tendríamos "por haber encerrado en nuestros propios corazones estas y otras espirituales riquezas, dejándose vencer de la indolencia y de la miseria humana.

Creo yo que una Universidad Católica no debe tener los ojos cerrados sobre las miserias modernas, dando así oportunidad a injustos ataques contra la capacidad de los cristianos para superarlas, y contra la eficacia de la doctrina de la Iglesia, la cual, con la ayuda de la gracia, salvará a la humanidad de esta crisis terrible. Me refiero más concretamente a la contribución que los estudios han de aportar al conocimiento de la vida real de nuestra Nación con la investigación histórica y sociológica de nuestros problemas, y a la defensa de nuestros planteamientos en el campo social.

Se da el caso, quizás, de disciplinas en las que sus cultores forman escuela, modernamente tecnificada, y presentan sus interpretaciones, no favorables a la Iglesia, con aparato científico, sin que nadie del campo católico pueda alternar y alzar su voz por carecer del requisito de especialista en la materia; y así contrapesar la autoridad doctrinal de los contrarios. La Iglesia desea que se investiguen las realidades y no tiene miedo a la franqueza entre los intelectuales, porque sabe que ninguna verdad puede estar en contra de su Verdad.

Sería muy interesante que los profesores despertaran el interés de los alumnos, para que las Tesis de grado, según el carácter de cada Facultad, se refirieran a cuestiones concretas en sus varios aspectos históricos, económicos o religiosos. De tal manera que la Universidad rendiría a la Nación y a la Religión el servicio de un conocimiento exacto de nuestro pueblo. Ciertamente, así lo está haciendo, pero me parece que esta tarea es fundamental, a fin de que los jóvenes, adiestrados en un conocimiento práctico, perciban la resonancia de nuestras necesidades y nuestras posibilidades y, una vez egresados de la Universidad, pueden trabajar en empresas de envergadura, manteniendo los contactos para la obra común y crear así una verdadera clase culta y profesional con preocupación cristiana, que contribuya a realizar los principios enseñados en la Universidad.

Las consideraciones que vengo haciendo demuestran cuán útil será para la profundización de las labores universitarias la presencia de la Iglesia. El catolicismo mira a que todos los hombres se abracen en la comprensión más perfecta, y la Iglesia, que es católica, es decir de todo el mundo, es la llamada a hacer tal unidad y a proporcionar los medios necesarios. Colocada en esta línea ha fundado la FIUC (Federación Internacional Universidades Católicas), las cuales miran a una recíproca ayuda para llenar las necesidades que



son comunes. Con este mismo deseo de hacer más estrechos los vínculos entre esta Universidad y la Jerarquía Eclesiástica, la Sda. Congregación de Seminarios y Universidades, con Decreto del 21 de marzo del corriente año, ha venido en constituir un Consejo de Vigilancia Episcopal, integrado por el Gran Canciller y tres Obispos peruanos. Los que han sido designados son los Excmos. Srs. Víctor Alvarez, Daniel Figueroa Villón y Carlos M. Jurgens. Así el Episcopado Nacional en sus periódicas conferencias y Asambleas conocerá en detalle la benemérita labor de esta Casa de Estudios, y a la vez la Universidad recibirá las sugerencias de la Jerarquía, porque la Universidad Católica tiene ante todo y sobre todo un objetivo católico, es decir, de apostolado, y hay apostolado legítimo sin misión canónica. El Card. Feltin, Arzobispo de París, en las Jornadas universitarias católicas, realizadas en París en Abril de este año, decía a los universitarios que los católicos no pueden ser misioneros sino en la unidad. Por cierto existe una amplia zona de libertad intelectual, pero todo católico debe continuamente referirse a los principios cristianos y ver en la Jerarquía Eclesiástica el signo y el instrumento de la unidad. La Cruz, signo de amor y de unidad, es también, no lo olvidemos, signo de obediencia.

Este signo de la unidad es el que define y honra sobre todo mi investidura de Gran Canciller, ya que éste evoca la presencia y autoridad del Papa en esta Casa. Por tanto, a todos pido la más rendida adhesión de amor y reverencia y de acatamiento filial a la Jerarquía en vuestra condición especial de universitario.

Es con su augusta palabra que deseo concluir. En un discurso de Enero de 1951, Pío XII, dirigiéndose a profesores romanos, dijo estas palabras, que entrego a los maestros de esta Casa: "A vosotros, profesores, se os pone cada vez más de manifiesto el mérito y la dignidad de la misión a la que laudablemente, dedicáis toda vuestra vida. Vosotros, modeladores de almas; vosotros, continuadores del esfuerzo de la civilización en los siglos; vosotros, plasmadores de la verdad y del bien; vosotros, tal vez como nunca en el pasado, árbitros hoy del porvenir de la sociedad humana. De vosotros depende, en gran parte, que el mundo del mañana caiga de nuevo en la barbarie de funestos errores o de leyes inicuas, o prosiga su ascensión hacia conquistas más ricas y más altas. Juntamente con los padres y con la Iglesia, tenéis en las manos la llave de la felicidad, incluso eterna, de estas almas, porque, aunque os han sido confiadas para adquirir cultura, cultura genuina que las perfeccione íntimamente, no podrán hacerla verdaderamente propia, sino después de haber aprendido a amar y servir a Dios".

No mucho tiempo después, en Abril de 1953, habló a 600 estudiantes de la Sorbona, reunidos en el Vaticano. Estas palabras las dirijo a vosotros, alumnos de esta Universidad: "Las Tareas de la Iglesia exigen interna y exteriormente, hoy más que nunca, como lo venimos proclamando con insistencia, que los cristianos sean firmes en la fe e irreprochables en la vida"...

"El indolente no puede conquistar ni la tierra ni el cielo"...

"Elevad vuestros corazones, ampliad vuestra mirada y fijaos en todos los pueblos y nacionales. No hay quien, como la Iglesia católica, posea los poderes para la reconciliación, la comprensión y la unidad, adaptados para

ser capaces de llevar su influencia hasta las convicciones más profundas de quienes gobiernan sus vidas. Es deber de los hijos de la Iglesia mover estas fuerzas a la acción, y esta misión descansa sobre todo, de una manera especial, en vosotros, que constituís las clases educandas”...

“Falsas filosofías pueden alcanzar una influencia profunda y prolongada en la humanidad, pero sucumben, tarde o temprano, a la ley de la historia, y después de su fugaz triunfo declinan y se desintegran. En cambio, la Iglesia de Cristo ha recibido de su divino Fundador, y continuará recibiendo el poder de desafiar a esta ley, y constantemente se rejuvenece y sobrevive a todos los errores”. Hasta aquí la palabra del Papa.

Al agradecer en nombre de la Iglesia al Ilmo. Sr. Rector Magnífico, así como al cuerpo de Señores catedráticos sus esfuerzos, desvelos y sacrificios en favor de este centro de estudios superiores y de la formación cultural y católica de la juventud y desear a los jóvenes estudiantes todo el éxito posible en sus ideales y afanes de superación, hago votos para que esta Universidad Pontificia, por el nombre y por la fidelidad al Vicario de Cristo, sea siempre joven en su espíritu, en sus ideas, en su entusiasmo, y prolongue su vida al lado de la Jerarquía por muchos años, para el bien espiritual de la Iglesia y del Perú.